

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

EL ALUMNO CLAUDE, UN PASO AL FRENTE

Hace más de quince años, Claude Roy escribió un diario que se publicó con el título de *Permis de séjour* (1977-1982) (Gallimard, 1983). Como todos los diarios, ofrece la pedacería de la vida cotidiana y ensaya los distintos tonos que convocan los altibajos de la existencia. Pero la enfermedad, un cáncer, preside muchos de los fragmentos de este libro. Adelantándose a la muerte que, pese a todo, se demoró en sacarlo de las filas de los vivos, de su apacible y florida calle de Bucy en París, Claude Roy aventuró estas reflexiones que reproducimos a modo de saludo y homenaje.

"10. de julio de 1982

Tengo sesenta y seis años, el fin de mi otoño, el principio de mi invierno. Cuando caí enfermo o la enfermedad me cayó encima, un amigo me escribió: "Usted no era una persona hecha para enfermarse." Extraño juicio. ¿Es cierto? Cuando le preguntaba a Ilya Ehrenburg cómo había logrado salir vivo de las purgas de Stalin, contestaba: "La muerte no me era recomendada." ¿A quién le es recomendada? ¿Quién está hecho para la enfermedad? ¿Quién está hecho para sufrir? ¿Quién está hecho para morir? Usted, yo, cualquiera.

Cuando la muerte tocó a mi puerta y cortésmente pidió permiso para pasar, no me extrañé

sobremesura. No se le podía reprochar su prisa. Por más que me sintiese algo gastado y, al mismo tiempo, tan a menudo dispuesto a jugar a la rayuela y saltar sobre un pie, tengo que confesar que usé y abusé del tiempo: tomé mi tiempo, fui de mi tiempo, he pasado el tiempo. Acaso fatigué al tiempo. Pero, finalmente, ¿habré agotado mi tiempo?

No siempre atravesé las calles en las rayas para peatones, ni las guerras del lado donde uno está a salvo. Cometí varias tonterías y algunas locuras; conocí varios continentes; viví buenos y malos trances. Nunca me aburrí, pero a veces me carcomí el alma. "Tápatelo bien antes de salir a la escuela", me decía antaño mi madre preocupada. En realidad, nunca me he tapado mucho en la vida. A pesar de (o gracias a) un gusto bastante vivo por la felicidad. A menudo diferí para el día siguiente la precaución que podía haber tomado el mismo día: ahorrar, pensar en una "carrera", dejar de fumar, de papalotear, de no preocuparse demasiado por la marcha del mundo y de plantear preguntas sin respuesta, es decir, evitar como la peste la metafísica y la política, las dos fuentes de inquietud.

Siempre tuve envidia de los grandes machos impasibles, cajas-fuertes sin miedo ni nervios, al estilo héroe de western. Les anuncian que cien toneladas de dinamita están a punto de hacer estallar el fuerte y que dos mil indios Cherokee sitian su batallón de treinta hombres, y ni un solo músculo de su cara se mueve.

En lugar de eso, soy más bien

emotivo, con el corazón latiendo a mil por hora. Ahora que estoy enfermo y quizá me inviten sin miramientos a desaparecer, me pregunto cómo me voy a comportar.

Sin embargo, no hay nada más común que morir. Es una posibilidad que todo el mundo llega a considerar. Pero, cuando la posibilidad se vuelve una probabilidad, que puede ser que ahora que me toque a mí, que creo oír los pasos del famoso guardián de la celda de Pascal, ése que a cada rato viene a buscar a un condenado, por más que siempre supe que la vida iba a durar una vida, de todas maneras estoy algo turbado. Desde la noche de los tiempos, las sociedades humanas tuvieron una infinita cortesía con sus difuntos. No obstante, existe una costumbre fuertemente anclada en nuestra especie y que cada individuo percibe con nitidez: puesto que los vivos no pueden sino ser espectadores o actores, la muerte es algo que les sucede a los demás. Pero es preciso que encare seriamente el único problema que, en vida, es razonable diferir al día siguiente en lugar de cumplirlo el mismo día.

Sí, nada más trivial que tener que morir. Pero, cuando se trata de usted, el primer movimiento es de vaga incredulidad y de extrañeza cortésmente acongojada. "Hacerme eso a mí...", "Me sobra tiempo..." Si uno se abandonara, hasta llegaría a decir: "Me hubieran avisado."

Cuando hice mi servicio militar, el sargento que aún ignoraba el nombre de sus reclutas y bus-

caba a alguien para una tarea, señalaba en el montón, con un ademán vago, al pobre elegido. Éste primero fingía no comprender que se trataba de él. Giraba los ojos hacia la derecha y la izquierda con inocencia como preguntando de quién se trataría. No salta de las filas hasta que no quedaba malentendido posible, ninguna oportunidad de que fuera otro, el vecino, en quien el sargento hubiese pensado para la tarea. Desde que el cáncer me señaló: "Eh, usted, allí...", me encantaría seguir jugando al distraído, hacer como si una duda permaneciera, tomar el aire desprendido del que no está aludido, silbar con las manos en los bolsillos pensando en otra cosa. Es inútil. Es mi nombre al que llaman para entrar a la sala de examen. A mí me van a interrogar. Por más que oí hablar del tema, nunca lo he estudiado a fondo. Desde hace varios siglos, la costumbre de pasar parte de la vida preparándose a morir, la tradición de la "buena muerte" están desapareciendo. Pero, no cabe duda, es mi nombre que el ujier llama. Tengo la impresión de perder todos mis recursos. Me van a reprobar en el examen. Y encima de todo, desde hace meses, no me siento muy amado, me arrastro, me cuesta trabajo respirar. El problema con la muerte es que nueve veces sobre diez le ocurre a gente que no tiene los recursos para resistirle: la pérvida recluta a sus clientes con traición. Si hubiera una justicia, al menos uno tendría derecho a morir en buen estado de salud, en plena posesión de sus recursos. A igualdad de armas, si así pudiese decirse. Pero, rara vez sucede así. Alumno Claude Roy, ¿quién le está pidiendo su opinión en todo caso?" <

NOTA Y TRADUCCIÓN DE
FABIENNE BRADU

LOS DENTISTAS DEL ESTRO



La entrega del Premio Nacional de Letras a Germán List Arzubide a principios de noviembre fue un gesto no por extraño inexplicable. Algo hay de coherente en que un poeta cuya obra no fue sino gesto, amerite otro que lo retribuya. List Arzubide encarnó desde hace años un gesto adecuado para que otros gesticuladores vean en él un redituable sentimiento: sin mucha atención a los hechos históricos, y mucho menos a los literarios, se optó por rehabilitarlo como un héroe de lo políticamente correcto: popular, socialista y hasta vanguardista. En nada mermó este ímpetu el que su renovado valor literario dependiese de que en su obra se lea candidamente una alternativa gesticulante de lo que para las buenas conciencias es la poesía del *establishment* (léase la de los Contemporáneos). De este modo, el sentimentalismo de sus súbitos lectores condena a List Arzubide, una vez más, no a tener mérito en sí mismo, sino a extraerlo de lo que no pudo ser (digamos, Xavier Villaurrutia). Este proceso de beatificación por omisión reclutó suficiente vigor para excitar al jefe de literatura del INBA, Daniel Leyva, que en cabal uso de las facultades que le otorga la Constitución ordenó otro homenaje nacional para llenar su calendario pastoral. Así, el premio logró hoy, por decreto, lo que los estridentistas hubiesen preferido conseguir en 1923, por su literatura. Y dado que esa literatura existió sólo precariamente (acaso un par de poemas de Maples Arce), es natural que el premio se entregue no a una literatu-

ra viva, sino a la perseverancia de su gesticulación.

Los exégetas procedieron entonces a urdir explicaciones para maquillar de sensatez el gesto del capricho: List Arzubide resultó de pronto un gran poeta y el estridentismo "la más vigorosa de nuestras vanguardias". El problema siguiente fue sostener estas afirmaciones. Lo de gran poeta no se pudo porque, bueno, pues no más no se puede. Lo de la "vigorosa vanguardia" condujo a juicios tan raros como los de Humberto Musacchio: 1) el estridentismo se "anticipó en varias décadas a la narrativa de tema urbano", 2) "con afán socializante cantaron al progreso industrial", y 3) "tejieron metáforas que sacudieron el hastío de pavorreales de un modernismo que no acababa de retirarse".

Vamos a ver. En lo que respecta al punto 1 no deja de ser admirable que los estridentólogos olviden que durante la misma década de los veinte escribieron "narrativa de tema urbano" Carlos Noriega Hope, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Rubén Salazar Mallén y Gilberto Owen. Bueno, estos narradores no son políticamente correctos, pero... ¿y Mariano Azuela? En el punto 2 lo fascinante es no sólo que olvide a otros poetas interesados en el progreso industrial, como Tablada, o de nuevo a Novo y a Owen, o a Salomón de la Selva, a Ricardo Arenales y a los poetas de *Vida Mexicana*, sino que crea que los estridentistas escriban con "afán socializante" (una categoría poética que se utiliza para distinguirlos de los poetas que escriben con afán zoologizante); y en el punto 3, que represente a los estridentistas como a los enterradores del modernismo, como si el modernismo tardío fuese un mal abominable y no el signo de una tradición poética en movimiento que se convierte en una vanguardia

(en serio) en las obras de, digamos, Tablada, Alfonso Reyes y Ramón López Velarde, por no recordar a Pellicer o a los Contemporáneos.

De lo que se trataba en el fondo era de fortalecer a como diera lugar este equívoco interesado en el sentido de que el estro de estos dentistas fue "la más vigorosa de nuestras vanguardias". Lo único que distinguió a la "vanguardia" de los estridentistas fueron dos cosas: 1) la bulla de unas proclamas que hicieron pastiches de los manifiestos rusos o italianos o brasileños (los "klaxonistas" de Sao Paulo), y 2) la mediocre literatura que perfeccionaron para sustentarla. Pues como resume Carlos Monsiváis, los estridentistas crearon las apariencias de una vanguardia y manifestaron las exigencias de una inquisición y con el tiempo sus torpes maniobras se incluyen en los terrenos del humorismo involuntario, pero, en cierto modo, se han enriquecido con los encantos de lo patético... (fueron) víctimas de esa arrogante credulidad que caracteriza a toda bohemia de provincia... (escribieron) la prosa más increíble que se ha escrito en un país tan habituado al exceso... Sólo la ingenuidad de List Arzubide pudo llegar a estas vanas conclusiones: *el estridentismo se llama así por el ruido que levantó a su alrededor...* (encarnaron) el arrobo pueril de estas fastidiosas regresiones románticas...*

Me parece bien que sus amigos celebren a un señor de casi cien años de edad que alguna vez ensayó hacer poesía y alguna vez se las dio de socialista; no así que se haga en nombre de una literatura a la que el festejado no aportó nada. Un poeta de cien años, decorado por una leyenda política, es

* En su prólogo a la *Antología de la poesía mexicana del Siglo XX*, Empresas Editoriales, 1966, pp. 48-50

un lujo para nuestra propensión al sentimentalismo. Desde luego, nada se dijo sobre la forma en la que los estridentistas se inscribieron en las nóminas del general Jara en Veracruz; ni de la forma en la que coincidieron con las actividades del Comité de Salud Pública que en la década de los treinta vigilaba la "pureza ideológica" de los escritores; ni de la forma en la que persiguieron a otros poetas por el hecho de ser homosexuales. Un velo de pureza ideológica y de oportuna amnesia ensalzó al nuevo beato.

Después de su breve bullanga, la prosa de los estridentistas se moderó en la cabal redacción de delaciones políticas y de solicitudes de aumento de sueldo. El mule de guajolote al que habían lanzado vivas estentóreas se espesó en sus plumas (las de ellos). No dejaron ni escuela, ni tradición, ni nada. Dejaron eso sí, como lo comprueba este oportuno premio, una leyenda que aún atiza los ánimos encendidos de una pléyade de candorosos justicieristas para los que, al otorgarle el premio a List, "México se premia a sí mismo". Así sea. <

GUILLERMO SHERIDAN

BORGES, GIBBON Y EL KORÁN

“El escritor argentino y la tradición” fue el título de la conferencia que Borges dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires, el 19 de diciembre de 1951. Fue una clase oral, pero su versión taquigráfica apareció a comienzos de 1953 en el volumen XLII (Nos. 250-251-252) de *Cursos y Conferencias*, revista del colegio en la

que Borges había colaborado dos años antes con su famoso estudio sobre Hawthorne, leído allí en marzo de 1949.

Sin duda, Borges revisó el texto de “El escritor argentino y la tradición” antes de entregarlo a la revista. Al reeditar *Discusión*, en 1957, lo incluyó con correcciones que no modifican sus memorables argumentos contra el nacionalismo literario, que es su tema, pero sí revelan una suerte de taller de esa escritura: supresiones de énfasis, leves desplazamientos verbales, eliminaciones de frases, siempre felices y ejemplares.

Ningún lector de Borges ignora ese ensayo, citado a menudo en diversos debates y estudios. No hace falta, pues, detenerse en un comentario destinado a derivar en mera e insuficiente glosa. Mi propósito es sólo anotar una astucia de esas páginas (astucia es palabra que usa Borges en su ensayo para declarar lo que él entiende como un error de Ricardo Rojas en su juicio sobre la poesía gauchesca). Se trata de un párrafo central, que no pretende serlo y que sin embargo convierte en irrefutable el desprestigio del color local, “culto europeo —como señala Borges— que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo”. Estas son las palabras que siguen a esa línea lapidaria:

He encontrado días pasados una curiosa confirmación de que lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local; encontré esta confirmación en la *Historia de la declinación y caída del Imperio Romano* de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán*, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente

árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos. Creo que los argentinos podemos parecerlos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local.

Tampoco ignoran los lectores de Borges su familiaridad con *El Korán* y con la obra de Gibbon; las pruebas son muchas y se pueden ver en sugestivos epígrafes ("El milagro secreto", "Abenjaán el Bojarí, muerto en su laberinto"); en numerosas citas (*Evaristo Carriego*, I, "La postulación de la realidad", "Historia del guerrero y la cautiva", "El Zahir", "Del culto de los libros", en conferencias sobre "La Cábala" y "El libro"), y en el prólogo a *Páginas de historia y de autobiografía*, de E. Gibbon (1961), reproducido en las recopilaciones *Prólogos y Biblioteca personal*.

Esa familiaridad y la precisión de las menciones señaladas confieren especial valor a la lectura de Gibbon y de *El Korán* que Borges propone en un lugar tan estratégico del ensayo. Es un ejemplo indiscutible —como el final del cuento *Emma Zunz*— que él atrae con habilidad consumada, porque en un sentido esencial su afirmación es verdadera: "... la posibilidad de ser argentinos [agrego, latinoamericanos] sin abundar en color local".

Pero el ejemplo es "una astucia" por dos razones: porque si es cierto que *El Korán* no prodiga camellos tampoco los omite, y porque la observación de Gibbon corresponde a otro contexto y no dice que "en el *Alcorán* no hay camellos". Estos aparecen en varios lugares de este libro, y siem-

pre significativamente. Mencionaré sólo algunos: en la Azora VI, titulada "El ganado", la aleya o versículo 145 enumera: "Y de los camellos, dos, dos hembras, de las vacas, dos..."; la referencia a "la camella de Alá [que] será para vosotros signo" (VII, 71), y que fue desjarretada por los infieles (VII, 75), recurre en XI, 67; XXVI, 155-157; LIV, 27-29. En LIX, 6 se lee: "Y lo que concedió del botín Alá a su Enviado, de ellos, no corrísteis sobre los córceles o camellos"; hacia el final (LXXXVIII, 17) se formula esta pregunta clave para los creyentes: "¿Es que no miran al camello, cómo fue creado?"

Esas y otras apariciones del camello en *El Korán* no podían pasar inadvertidas para Gibbon, hasta el punto de negar una presencia tan visible. Y ciertamente no la niega. Cuando dice, en efecto, que Mahoma no lo menciona, se refiere a las preferencias alimentarias del profeta. Esto ocurre en la nota 13 del extenso capítulo L de *Declinación y caída del Imperio Romano*, dedicado a la descripción de Arabia y al minucioso relato de la vida de Mahoma. El contexto de la nota 13 es éste:

In the sands of Africa and Arabia the camel [el subrayado es de E.G.] is a sac red and precious gift. That strong and patient beast of burden can perform, without eating or drinking, a journey of several days; and a reservoir of fresh water is preserved in a large bag, a fifth stomach of the animal, whose body is imprinted with the marks of servitude: the larger bred is capable of transporting a weight of a thousand pounds; [...] Alive or dead, almost every part of the camel is serviceable to man: her milk is plentiful and nutritious: the young and tender flesh has the taste of veal... etc.

En ese punto, la nota al pie de página lee: "Mohammed himself,

who was fond of milk, prefers the cow, and does not even mention the camel; but the diet of Mecca and Medina was already more luxurious".

Hay todavía otro detalle en el ensayo de Borges que llama la atención. Ahora es un desliz bibliográfico menor, que bien podría no ser tal desliz sino un olvido voluntario para convencer a su auditor o lector con la constancia de una prueba personal. Dijo Borges en su conferencia de 1951, y así ha quedado en los textos sucesivos: "... hará un año, escribí una historia que se llama *La muerte y la brújula*, que es una suerte de pesadilla [...]; publicada en esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires. Precisamente porque no me había propuesto encontrar ese sabor, porque me había abandonado al sueño, pude lograr, al cabo de tantos años, lo que antes busqué en vano".

Según esto, el cuento habría sido escrito en 1950 y, para refutar al tiempo, fechado en 1942 y publicado en *Ficciones* en 1944. (Tengo presente que en 1951 apareció una antología del autor con el título de ese cuento —Emecé Editores—, lo que atenúa o explica el error; pero es raro que Borges mantuviera esta línea: "... hará un año, escribí una historia..." en un texto cuidado con tanto esmero).

He cotejado las siguientes versiones de *El Korán*: Traducción, prólogo y notas de Rafael Cansinos Asséns. 5a ed., Madrid, Aguilar, 1963.

The Glorious Qur-ān. Text and explanatory translation by Muhammad M. Pickthall. New York, Muslim World League, 1977. (Edición bilingüe árabe-inglés).

The Holy Qur'ān. Arabic text

and English translation by The late Maulawi Sher'Ali. Pakistan/U.S.A., The Oriental and Religious Publishing Corporation Ltd., 1979.

Las tres versiones son, sin duda, fieles al original; a veces difieren algo en la numeración de las aleyas porque las ediciones bilingües incorporan la invocación inicial del capítulo como primer versículo, o por algunas divisiones de éstos. La traducción castellana de R. Cansinos Asséns trae sabias y utilísimas notas. Después de leerla se comparte aún más la duradera admiración de Borges, resumida en los versos finales del poema que le dedicó en *El otro, el mismo*: "Acompáñeme siempre su memoria;/ Las otras cosas las dirá la gloria".

Las citas de *The Decline and Fall of the Roman Empire*, de Edward Gibbon, proceden de la edición de New York, Random House, Inc., 1932, 2 vols. (*The Modern Library*). <

PEDRO LASTRA

DAVID ROUSSET (1912-1997)



"En 1947 lefa yo", cuenta Octavio Paz, "con frío en el alma la obra de David Rousset sobre los campos de concentración de Hitler: *Los días de nuestra muerte*. El libro de Rousset me impresionó doblemente: era el relato de una víctima de los nazis pero asimismo era un lúcido análisis social y psicológico de ese universo aparte que son los campos de concentración del siglo XX. Dos años después Rousset publicó en la prensa francesa otra denuncia: la industria homicida prosperaba también en la Unión

Soviética. Muchos recibieron las revelaciones de Rousset con el mismo horror e incredulidad de aquel que de pronto descubre una lepra secreta en Venus Afrodita."

Rousset fue denunciado por los comunistas. Pierre Daix, otra víctima de los campos nazis, no sólo se negó a seguir el llamamiento de Rousset (*Le Figaro*, 12 de noviembre de 1949), donde invitaba a los antiguos prisioneros de los alemanes a sumarse a la denuncia del otro totalitarismo. Daix afirmó que "los campos de Stalin eran el remate de la supresión completa de la explotación del hombre por el hombre." Sartre y Merleau-Ponty (*Les temps modernes*, enero y junio de 1950) realizaron una oprobiosa pirueta: admitieron la veracidad de las denuncias de Rousset —conocidas por tantos intelectuales desde los años treinta— pero las justificaron en nombre de la Historia. Más tarde, Pierre Daix y Merleau-Ponty rectificaron con honradez y vergüenza. Sartre tardó todavía otros treinta años, tras coquetear con Castro y los maoístas, para admitir lo que hoy es una realidad incontestable y estremecedora: llaméle como se le llame, el sistema soviético fue el universo concentracionario más perverso y duradero de la historia. Entre quienes respondieron de inmediato y con hechos el grito solitario de David Rousset estuvo Octavio Paz, entonces un poeta de 37 años que había llegado a París tras la Segunda Guerra. Desde allí envió una nota a la revista *Sur* (marzo de 1951) que reunía una selección documental de los testimonios de Rousset, quien ya entonces había denunciado por difamación al semanario *Les Lettres Françaises*, donde Daix y su patrón (el poeta Louis Aragon) lo acusaban de falsario y agente del imperialismo norteamericano.

Seguiría escribir la crónica de aquellos que en plena guerra fría

atendieron a la súplica de Rousset y siendo muchos de ellos comunistas, documentaron su doble estancia en los infiernos de Hitler y Stalin. Ambos tiranos durante la vigencia del pacto germano soviético (1939-1941), intercambiaban pesos políticos como una muestra de macabra cortesía. No pocos de quienes habían encontrado asilo en la URSS fueron devueltos a la Gestapo.

David Rousset murió en París el pasado 14 de diciembre de 1997, reuniendo el honor de haber combatido con idéntico valor intelectual y congruencia a los nazis y a los soviéticos: no hay tribunal de la Historia que valga ante la doble moral que condena un infierno para justificar otro. Rousset militó desde joven en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), donde contactó con el trotskismo. Sobreviviente de Buchenwald, participó en la Resistencia, y tras la guerra ganó el Premio Renaudot con *El Universo concentracionario*. Acaso con ese título bautizó al siglo XX. Fueron pocos, como Arthur Koestler u Octavio Paz, quienes se atrevieron a recibir esa agua helada como una purificación. Desde 1951, el poeta mexicano no ha cesado de denunciar y analizar una tragedia que apenas después de 1989 ha entrado en los libros de texto y en las asignaturas académicas: la correspondencia histórica, política y moral entre ambos sistemas, que siguen gozando de simpatías tanto en las calles de Leipzig como en las ergástulas revolucionarias de América Latina.

Octavio Paz recuerda que su denuncia en *Sur*, publicada gracias a la entereza moral de Victoria Ocampo, fue recibida con el silencio público, pero que se "recreó la campaña de insinuaciones y alusiones torcidas comenzada unos años antes por Neruda y sus amigos mexicanos."

Hoy, cuando el siglo concluye, es necesario recordar a David Rousset, quien todavía en 1948 había intentado, en compañía de Sartre, Camus y Breton, fundar una tercera vía, democrática y socialista, entre el capitalismo y el sistema soviético, el "Rassemblement" Democrático Revolucionario

(RDR). El fracaso de esa experiencia, casi siempre políticamente inviable y casi siempre moralmente intachable, no desanimó a David Rousset, quien en mayo de 1968 aprobó la revuelta, a pesar de pertenecer al partido gaullista, al que renunció (conservando su escaño de diputado)

tras la muerte del general De Gaulle. David Rousset ejemplificó lo que años después Octavio Paz escribió en su honor: "La misión del intelectual es, precisamente, *tratar de saber.*" <

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

